

Fuente:

Prefacio

La cuestión de las ciencias humanas. Las ciencias humanas hablan sobre nuestros intereses, nuestra comunidad, sobre el sentido y los fines de la propia identidad. Buscan decirnos quiénes somos y qué somos. Brindan conocimiento sobre cómo vivir mejor y, a veces, incluso nos dicen directamente cómo deberíamos vivir mejor. Al mismo tiempo, las ciencias sobre nuestra naturaleza son un laberinto; cubren un tema sumamente complejo que es delimitado según criterios mal definidos; exhiben desacuerdos sobre conceptos, teorías y modos de investigación. Y, en muchos lugares, se piensa que estas ciencias son “blandas” — por carecer del estatuto y la autoridad de las ciencias naturales— aunque son una parte siempre presente del mundo moderno, de la concepción moderna sobre lo que es ser humano.

La historia de las ciencias humanas es la parte de la historia de la ciencia cuyo objeto es el “Hombre”. Existe una historia profundamente intrigante acerca de cómo los académicos, los intelectuales y los científicos han creado conocimientos sobre hombres y mujeres y sobre el mundo humano. La forma en que nos vemos afecta la forma en que vivimos, y la forma en que vivimos forma parte del conocimiento que tenemos sobre nosotros mismos. Escribir esta historia es escribir sobre ideas que dan forma a la vida de la gente en el pasado y en el presente. El conocimiento histórico forma parte de lo que buscamos cuando deseamos conocer “la naturaleza” del ser humano.

El campo de las ciencias humanas es inmenso —tan vasto como la vida humana. Yo me centro en lo que llamamos conocimiento psicológico, tal como ha existido en Occidente desde el siglo XV. Pero esta historia se vincula a los estudios sobre el cuerpo, el mundo social, la filosofía, el lenguaje, el pensamiento político, la economía y, en efecto, el espíritu humano. Los historiadores y otros académicos han publicado mucho sobre las ciencias humanas, pero esos trabajos están dispersos o son del dominio exclusivo de los especialistas. Este libro utiliza el trabajo que se ha hecho, dentro de una narrativa relacionada (aunque los capítulos individuales pueden leerse en forma separada), e intenta ser una introducción a ese campo, accesible para el lector general, los estudiantes y los no especialistas. Realizo un abordaje amplio, que incluye una variedad de opiniones característica de las ciencias humanas y la gran variedad de posiciones desde las cuales se ha sostenido ese conocimiento; dado que mi tema atraviesa las divisiones modernas de las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades. El libro brinda mucha información histórica con el fin de lograr un panorama de las ideas sobre la naturaleza humana, y las ideas se ubican en los contextos en los cuales han sido expresadas y debatidas.

Un texto escrito en una escala tan amplia exige selección y orden. Este proceso involucra necesariamente la adopción de una posición en relación con los debates actuales en las ciencias humanas. Intento hacer clara mi posición y no esconder juicios personales detrás de convenciones académicas. El capítulo introductorio describe esta posición, bosqueja el contenido del libro y explica mi abordaje de la historia de las ciencias humanas. Hay un amplio ámbito para la discusión y las diferencias de opiniones. Frecuentemente, aventuro mis propias interpretaciones, tanto en cuestiones de detalle como en cuestiones más amplias. El trabajo representa un diálogo entre mis lecturas y el estado actual de la erudición académica. Pero se deben tener presentes dos propósitos intrínsecos al libro y a las series de las cuales forma parte: integrar información e interpretación a lo largo de un área muy extensa y contribuir a la *historia* de la ciencia.

* R. Smith, *The Norton History of the Human Sciences*, New York, W.W.Norton, 1997. Traducción: Ana María Talak. Revisión: Hugo Vezzetti y Alejandro Dagfal.

El último punto requiere ser enfatizado. Son muchos los científicos y académicos que reclaman un estatus privilegiado, tal vez una posición de liderazgo, en el dominio de las ciencias humanas. Algunos no se interesan por el conocimiento histórico, e incluso lo devalúan. Más profundamente, la opinión actual cuestiona la idea —que, demasiado frecuentemente, se piensa que los historiadores sostienen— de que el conocimiento histórico es simplemente conocimiento del “pasado” no relacionado con el presente. Este libro está escrito con la convicción de que el conocimiento histórico es una forma válida de conocimiento, que, en parte, entra dentro de lo que aceptamos como conocimiento en el presente y que es esencial para el completo desarrollo de las mismas ciencias humanas. Escribo historia como una forma excitante e indispensable de hacer inteligible nuestro mundo humano.

[...]

Cap. 1: “La historia de las ciencias humanas”.

“La mente se expande noblemente, cuando puede emerger del estrecho círculo, que el medio y la educación han trazado alrededor de ella ... Innumerables ideas, que frecuentemente hemos admitido como los principios más generales del entendimiento humano, desaparecen, aquí y allá, con el medio, así como desaparece la tierra como una niebla de los ojos del marino ... Así vagamos sobre la Tierra en un laberinto de fantasías humanas; pero la cuestión es: ¿dónde está el punto central del laberinto, hacia el cual todos nuestros desvaríos pueden ser dirigidos, como los rayos refractados hacia el Sol?”

Johan Gottfried Herder, *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* (Reflexiones sobre la filosofía de la historia de la humanidad, 1784-91)¹

I Introducción

¿Cómo podría evitarse el tener opiniones sobre lo que es ser humano? Todos somos curiosos sobre la naturaleza humana e, incluso inconscientemente, usamos un lenguaje lleno de supuestos y especulaciones sobre ella. Gente de diferentes generaciones, hombres y mujeres, diferentes clases y ocupaciones, gente de diferente identidad étnica, religión y nacionalidad, piensan y actúan con respecto a la naturaleza humana en formas que son tanto comparables como divergentes. Las ciencias humanas intentan dar sentido a todo esto, en la medida en que apuntan a establecer conocimientos objetivos sobre lo que es la naturaleza humana y a explicar por qué las personas, incluyendo a los científicos, creen en lo que hacen en relación con ella. Dado que tanto la gente común como los científicos tienen opiniones arraigadas sobre nuestra naturaleza, sobre el ser humano, las ciencias humanas se conectan directamente con el mundo cotidiano en el que habitamos.

¿Qué son las ciencias humanas? En la medida en que todas, de algún modo, tienen como objeto a los hombres y mujeres, de hecho no es posible una definición única. El desacuerdo se refiere a si esos diferentes tipos de estudio son una ciencia, tanto como a qué es realmente ser humano. El área de las ciencias humanas incluye ciertamente la psicología, la sociología, la antropología, la lingüística, la economía y la ciencia política. También son posibles contrincantes, aunque más controvertidas, disciplinas como la historia, la geografía, la jurisprudencia, la administración de empresas, la crítica literaria y la historia del arte. En este libro, el término es ante todo un rótulo de conveniencia. Cuando se aplica a cualquier área académica anterior al siglo XX, es un rótulo anacrónico, no usado en la época. Aquí se usa con respecto a los siglos más tempranos, no para prejuzgar qué conocimiento contribuyó o

¹ J.G. von Herder, *Reflections on the Philosophy of the History of Mankind*, ed F.E. Manuel, Chicago, University of Chicago Press, 1968, p.49.

no en el pasado a las ciencias de la naturaleza humana. Necesitamos estar abiertos a las posibles contribuciones del pensamiento legal, la retórica o la teología. Si miramos hacia el pasado buscando la temprana psicología o la temprana sociología, podemos perder de vista la contribución hecha por otras materias. Cuando el libro llega al siglo XX, la referencia a las ciencias humanas, y no simplemente a la psicología y las otras disciplinas modernas, significa que no se da por supuesta una visión particular sobre el conocimiento científico —la del conocimiento de las ciencias naturales como la física o la biología. De modo que el término “las ciencias humanas” es de conveniencia; pero implica también que existen en la actualidad cuestiones pendientes acerca de qué *es* una ciencia sobre el ser humano. Y dado que no hay acuerdo, este libro sugiere cómo debería ser, tanto en el pasado como en el siglo XX, una ciencia humana.

El libro recorre a grandes rasgos una secuencia cronológica que va desde el Renacimiento, en los siglos XV y XVI, hasta el presente; aunque el plan es ante todo temático, con la consecuencia de que cada capítulo puede moverse hacia atrás o hacia adelante abarcando un tiempo considerable. Los capítulos discuten tópicos separables, aunque también interrelacionados; pueden leerse independientemente, pero también hay temas que se desarrollan a través de todo el libro.

[...]

Los capítulos 11 al 15 llevan la discusión a lo largo del siglo XIX. Este período estuvo dominado por la imaginación histórica y evolucionista, una imaginación que buscaba entendernos escribiendo la historia acerca de cómo los hombres y las mujeres han llegado a ser lo que son. El capítulo 10 traza previamente las fuentes para este abordaje histórico en el siglo XVIII y la reacción en contra de sus creencias. Al final del siglo XIX, tal como se expone en los capítulos 14 y 15, las modernas disciplinas científicas humanas como la psicología y la sociología adquirieron identidad institucional. Antes de este período, había formas de pensamiento psicológico, sociológico o de otra ciencia humana —en el sentido limitado que este libro describe— pero no existía el objeto de la ciencia humana que encontramos en el siglo XX.

Los capítulos 16 al 20 se refieren a la historia a lo largo del siglo XX. En estos capítulos ya no es posible describir la variedad completa de las ciencias humanas. En su lugar, me centro en una disciplina, la psicología, la ciencia central de las teorías modernas sobre la naturaleza humana. Sin embargo, incluso esta sola disciplina es excesivamente diversa y su historia está marcada por contiendas sobre cómo explicar la acción humana. Estos capítulos muestran cómo el conocimiento científico se correlaciona, de un modo revelador, con las convulsiones culturales y políticas que marcaron el siglo. Además, aunque la psicología se convirtió en una disciplina académica muy amplia y en una ocupación profesional muy extendida —en 1992 había 118.200 colegas, miembros, afiliados y estudiantes de la Asociación Psicológica Americana— se mantuvo un profundo desacuerdo acerca de si la psicología era una ciencia y en qué sentido lo sería. El capítulo final dirige la historia hacia el final del siglo XX y explora el debate continuo sobre las visiones científicas de la naturaleza humana.

El alcance potencial de una historia de las ciencias humanas es en verdad muy vasto, y confluye sin límites claros en la historia general de las ideas. Sin embargo, trato de tener presente el concepto de naturaleza humana. Esto conduce a una concentración sobre tópicos que, en términos modernos, son más psicológicos que sociológicos, sobre las capacidades y acciones atribuidas a los hombres y mujeres más que las propiedades del lenguaje, la cultura, la economía, la sociedad y el estado. El capítulo 4 sobre Descartes, el capítulo 5 sobre Locke, el capítulo 7 sobre el Iluminismo y el capítulo 14 sobre la disciplina psicológica, así como los capítulos sobre el siglo XX, se refieren concretamente a lo que consideramos teorías psicológicas. En muchos puntos, sin embargo, es necesario también describir cómo las

creencias sobre la naturaleza humana incorporaban ideas y valores que conciernen al lenguaje, la cultura, la economía, la sociedad y el estado. El capítulo 3 describe las tempranas teorías modernas de las leyes naturales del estado, el capítulo 8 el pensamiento social del siglo XVIII, el capítulo 9 la ciencia de la economía política y el capítulo 12 las cosmovisiones históricas de Augusto Comte y Karl Marx. En cada caso había conexiones significativas entre el pensamiento social y lo que se afirmaba como atributo del ser humano individual. El capítulo 15 describe específicamente los orígenes de la sociología como disciplina académica en el siglo XIX. Aun en los capítulos sobre el siglo XX, que se concentran en la psicología, está presente la dimensión social; el capítulo 19, en particular, trata sobre la psicología social y las relaciones entre la ciencia del individuo y la de la sociedad.

La historia de las creencias científicas sobre la naturaleza humana es sorprendentemente rica. Incluye muchos autores de peso incuestionable en la vida intelectual de Occidente, como Descartes, Locke, Marx, Darwin y Freud. Abarca temas de gran significación moral o espiritual: la naturaleza del alma, el destino del proyecto iluminista de una ciencia del hombre, el significado del pensamiento evolucionista y la exploración del inconsciente y lo irracional en la existencia humana. El libro provee una guía sistemática sobre las conclusiones de los historiadores de finales del siglo XX sobre estos autores y los temas principales. Al mismo tiempo, trata muchos tópicos menos conocidos, o tópicos que los primeros historiadores de la ciencia consideraron marginales, y así coloca nombres y temas famosos en un contexto más amplio, y posibilita que sean entendidos con un enfoque más histórico.

Un resumen podría verse así. Cuando la vida académica y cultural floreció en el siglo XVI en Europa, las ideas cristianas sobre la naturaleza del hombre —ideas que habían entrado en conmoción luego de la Reforma Protestante— se enriquecieron por una reelaboración de la cultura clásica. Las preocupaciones respecto de la división política, teológica e intelectual de Europa, condiciones que fomentaron el escepticismo, condujeron después de 1600 a una búsqueda para dar nuevos fundamentos al conocimiento y a la vida práctica, para proporcionar una autoridad racional a la comprensión de la naturaleza y las inclinaciones humanas. En este contexto, Hugo Grotius, teórico político y legal, se refería al hombre como sujeto a leyes naturales; el filósofo Descartes concluía que el hombre era único por su naturaleza dual, alma pensante y cuerpo mecánico; pensadores intensamente independientes como Thomas Hobbes y Benedict Spinoza unificaban toda la naturaleza, incluyendo al hombre, bajo un determinismo común; y Locke estudiaba las fuentes del conocimiento en la experiencia. Estos autores crearon una literatura sustantiva y profunda sobre el objeto "hombre", un objeto que a partir de allí fue estudiado de modos que fueron impulsados primariamente por intereses seculares más que teológicos. Esos trabajos interactuaban con otras preocupaciones en los comienzos del mundo moderno, tales como el interés de larga data de la medicina por el cuerpo, y la sorprendente confrontación europea con lo que se llamó el Nuevo Mundo. Todo ello contribuyó a formar los medios usados por la élite de la cultura intelectual del siglo XVIII —figuras como el escocés David Hume y el noble francés, barón de Montesquieu— en la búsqueda de lo que llamaron una ciencia del hombre. Impulsados fuertemente por los logros en la filosofía natural, personificados en Isaac Newton, buscaron transformar la filosofía moral, es decir, el estudio del hombre, a partir de ese impacto. Una consecuencia de ello fue lo que la crítica sancionó como materialismo, un conocimiento que implica que los seres humanos existen sólo como parte de la naturaleza material. Ciertos conceptos, que ponían en relación con los individuos corpóreos con su posición social como actores, se volvieron conceptos comunes y característicos de la autocomprensión humana moderna. Surgió así un nuevo lenguaje para la actividad económica o la moralidad, como búsqueda de la felicidad, que explicaba la vida social humana y sentaba las bases para estudios específicos de los diferentes aspectos de la actividad humana en el mundo. En medio de tales nuevos desarrollos, perturbadores para la opinión conservadora, surgieron argumentos —mayormente elaborados en el mundo de habla alemana— que veían a la naturaleza humana

como la historia del espíritu racional, es decir como un orden de fenómenos lingüístico y cultural antes que físico. Esa visión del espíritu humano fue reforzada y se hizo mucho más personal en la reacción contra los valores del Iluminismo y contra lo que para muchos había sido su consecuencia, la Revolución Francesa de 1789. Los autores de Occidente construyeron los temas y objetos de la psicología moderna cuando dieron forma a la experiencia moderna del yo subjetivo, el individuo autónomo y sentimental. Los elementos de ese cambio estaban presentes en el alma pensante de Descartes, en los supuestos de Adam Smith sobre el hombre económico y en los escritos de Maine de Biran sobre el *moi* reflejo, el "Yo".

En general, el aprendizaje fue transformado en el siglo XIX en las universidades alemanas reformadas, que crearon modelos de vida académica que más tarde fueron seguidos en todas partes. Hubo un propósito crecientemente especializado de conocimiento sistematizado y un interés en la objetividad de los métodos académicos. Disciplinas recién definidas y dotadas de un nuevo rigor, como la historia, la filología, etnología, fisiología experimental y economía histórica contribuyeron al pensamiento formal sobre la naturaleza y la acción humanas. El pensamiento histórico, tanto en la versión económica de Marx como en la biológica de Darwin, se volvió central en la búsqueda de explicaciones acerca del hombre. Y la propia Ciencia, en la cual las ciencias físicas aparecían en posición de liderazgo, adquirió autonomía cultural en Occidente. Para sus defensores más convencidos la ciencia era una fuente única de verdad acerca del mundo, la vanguardia y la esencia del progreso humano. Muchas argumentaciones –la más prominente de las cuales era la teoría de la evolución–, señalaban la continuidad del hombre y la naturaleza, y promovían esperanzas o temores — según el punto de vista— de que la ciencia sería entonces capaz de absorber la esfera humana. Quienes veían esto con esperanzas, y que estaban sostenidos institucionalmente por la expansión de la educación, hacia el fin del siglo pugnaban por el desarrollo disciplinar de las modernas ciencias humanas, como la psicología, la sociología, la economía y las ciencias políticas.

Sin embargo, las ciencias humanas no se desarrollaron simplemente como cuerpos de conocimiento. Con la industrialización, que se hizo manifiesta en Gran Bretaña aproximadamente desde 1780, con el cambio posterior a 1914 en la mayoría de la población de Europa Occidental y en América del Norte, de una forma de vida rural a una urbana, y con las nuevas formas de gobierno, administración social, educación y administración de la vida cotidiana, se produjo una reconfiguración de lo que debía ser un agente individual y social. Gran parte de la nueva actividad en las ciencias humanas se desarrolló en conjunción con estos cambios, y así contribuyeron a los nuevos modos de vida a través de la provisión de técnicas para mantener el orden, los fines y la identidad. Esta interdependencia fue muy manifiesta en el siglo XX, cuando las ciencias humanas florecieron en gran escala, primero en Estados Unidos y luego, después de 1945, en Europa y el resto del mundo. Por un lado, estas ciencias existían como ámbito ocupacional de los académicos especializados, como psicólogos experimentalistas o lingüistas, y como expertos practicantes, psicólogos educacionales o analistas políticos; y existían en toda la organización profesional de las instituciones, las publicaciones, el lenguaje técnico y el entrenamiento específico, generalmente asociados con la ciencia. Por otro lado, dado que la gente común proporcionaba a estas ciencias su objeto de estudio, las ciencias humanas existían en un círculo de interacciones entre la ciencia y la vida ordinaria, un círculo en el cual ellas tenían influencia en la cultura popular y a la vez eran influenciadas por ella. La historia de las ciencias humanas modernas está amarrada a la historia de la misma vida moderna en Occidente. Tanto los científicos como la gente común se refieren a la mente y no al alma (aunque “alma” tiene su propia resonancia cultural), a la personalidad más que a la virtud; y hablan de la sociedad, de la esfera económica, de diferencias entre habilidades individuales, entre grupos étnicos, entre hombres y mujeres o entre la niñez y la adolescencia; hablan del poder del lenguaje y del cerebro como una computadora. En todos estos temas es muy difícil situar los límites de la

ciencia. Todos ellos suscitan cuestiones sobre nuestra naturaleza. ¿Qué somos y cómo vamos a ser explicados? Tal como exclamó la criatura de Víctor Frankenstein, el monstruo al que dio vida pero no nombre: “¿Qué era yo?”.² Las ciencias humanas existen como nuestros medios de encontrar respuestas que sean sistemáticas, objetivas y rigurosas.

II *Ambivalencia y diversidad en las ciencias humanas*

Una idea presente en este libro es que la gente es especial; y lo es por el hecho de que reflexiona y **hace comentarios sobre** lo que hace además de hacerlo. Como observó Hume, “*nosotros mismos no somos sólo los seres que razonan, sino también uno de los objetos sobre los cuales razonamos*”.³ La reflexión colectiva y el comentario de la gente a través del lenguaje y los símbolos se llama cultura. Los eventos físicos no crean una cultura y, en realidad, naturaleza y cultura frecuentemente son asociados como términos opuestos. Gran parte de la historia de las ciencias humanas gira alrededor de esta oposición y de cómo ha sido entendida. En un extremo de la opinión, como la expresó el filósofo español del siglo XX José Ortega y Gasset: “*el hombre no tiene naturaleza; lo que tiene es historia...*” (4) Por el contrario, muchos científicos modernos creen que los momentos más estimulantes han sido aquellos en los que se mostró cómo la cultura está en continuidad, y no en oposición, con la naturaleza. Afirmar que el conocimiento sobre los seres humanos difiere del conocimiento sobre los eventos físicos y, por consiguiente, afirmar que la historia del conocimiento en las ciencias humanas difiere de la historia del conocimiento en las ciencias físicas, es algo que está sujeto a polémica. Este libro examina el debate acerca de cómo las ciencias humanas y naturales se han relacionado; no presupone que las ciencias humanas sean ciencias naturales, aunque muchos científicos hayan pensado que lo son.

Las cuestiones subyacentes son tan simples como básicas. ¿La naturaleza humana nos es dada por la naturaleza física, o la capacidad humana para la reflexión y el lenguaje permiten a los seres humanos crear su propia naturaleza? ¿Las ciencias humanas son comparables a las ciencias naturales o su objeto de estudio, incluyendo la reflexión y el lenguaje, requiere una concepción diferente de la ciencia?

Explicaré mi tema subyacente con un mito, la historia de Tristán e Isolda. Existen muchas versiones del relato y se le han dado muchas interpretaciones. Es una historia de amor: una búsqueda de amor y una búsqueda de vivir y morir por ideales. El nuevo relato destaca una ambivalencia fundamental en el punto culminante de la historia, en el momento en que Tristán e Isolda declaran su amor y los eventos comienzan a desplegarse hacia su muerte compartida. Su declaración de amor es un descubrimiento, una revelación para ellos mismos, un éxtasis que viene hacia ellos; al mismo tiempo, ellos declaran el amor que siempre han conocido dentro de sí mismos, lo que han creado y a lo que han dado vida juntos a través de su historia.

[...]

La ambivalencia de la historia reside en la poción de amor. ¿Debemos suponer que la poción crea una pasión que, de otro modo, nunca habría existido y que se trata de una intervención del destino en la historia humana? ¿O es que la poción de amor sólo libera la pasión que Tristán e Isolda habían ya creado por sí mismos? ¿Quién –o qué– es el agente activo, y quien –o qué– el pasivo, en este drama —la poción de amor, la criada, Tristán e Isolda, que son virtuosos en su conciencia, los amantes de una pasión no declarada, las costumbres sociales de la época, el amor mismo? La verdad de Tristán e Isolda emerge del

² M. Shelley, *Frankenstein or the Modern Prometheus*, ed. M. Butler, Oxford, Oxford University Press, 1994, p.97.

³ D. Hume, *A Treatise of Human Nature*, ed. L.A. Selby-Bigge, Oxford, Clarendon Press, 1888, p.XIX.

espíritu humano pero se despliega en las circunstancias de la historia. Tristán e Isolda crean su amor a la vez que su amor crea la historia de ellos.

No hay una relación unívoca entre mito e historia. La historia de las ciencias humanas, en ese sentido, es también una historia que contiene una ambivalencia acerca de la naturaleza humana. En una versión de esta historia, existe un énfasis en la naturaleza humana como destino, como una condición dada en la vida humana a la que las personas deben acomodarse. En otra versión, lo humano es descripto como una recreación continua, a través de los vínculos y el lenguaje, a través de la enunciación.

[...]

El mandato delfico "Conócete a ti mismo" exhorta a los consultantes a convertirse en aquello que pueden ser en la medida en que acepten lo que son. La sibila, el oráculo del templo, a menudo empujan a su audiencia hacia una acción decisiva, al mismo tiempo que le indican que debe aceptar su destino. Allí se presentan pares opositivos paralelos: actividad y pasividad, auto-creación y auto-descubrimiento, la concepción de una persona como agente y la creencia en las circunstancias históricas como causa. La vida humana parece existir, en cierto modo, como una tensión entre esas oposiciones, y las ciencias de la vida humana han tenido que luchar, para alcanzar coherencia, sometidas a esa misma tensión. El resultado ha sido un desacuerdo recurrente acerca de la modalidad de conocimiento que las ciencias humanas pueden lograr.

Esta tensión, formulada de un modo muy diferente, fue expresada por Marx en su oposición al idealismo filosófico que era dominante en su juventud. Marx rechazaba las pretensiones del espíritu (*Geist* en alemán) en los asuntos humanos, en la medida en que pensaba que tales formulaciones eran usadas para racionalizar la opresión política y, consiguientemente, alegaba que, por el contrario, las formas de pensamiento resultan de los modos en que la gente satisface sus necesidades materiales. En la década de 1840, Marx y Engels afirmaron que el hombre "al desarrollar la producción material y el intercambio material modifica su pensamiento y los productos de su pensamiento junto con su existencia real".⁴ [...] A la vez que [Marx] describe la naturaleza humana como producto de la historia material, afirma que el pensamiento humano hace la historia. Toda su vida, tal como su política revolucionaria, fue el testimonio de su creencia en el poder del pensamiento para cambiar el curso del mundo. Marx también, a su modo, decía "Conócete a ti mismo", en el sentido de que a la vez que buscaba describir la naturaleza del hombre quería cambiarla.

Existe otra tensión en la cultura occidental moderna, una cultura que convierte al yo en algo supremo. Así como es celebrada, nuestra concepción y nuestra experiencia del yo son actividades sociales: no podemos conocer, aun a nosotros mismos, sino con los términos que adquirimos a través de una vida que se da en un tiempo y un lugar particulares. De otra manera, habría que concebir la adquisición de conocimiento sin lenguaje u otras formas de simbolismo, lo que es un contrasentido. Aun en el caso de Tristán e Isolda, quienes trascienden sus respectivos "yoes" en el éxtasis del amor, encuentran para su experiencia un decir que proviene de metáforas sociales convencionales y usa el lenguaje de la oscuridad y la luz para representar las cualidades del amor. La historia de las ciencias que se ocupan del yo es al mismo tiempo la historia de los mundos sociales en los que ese yo ha existido.

Este libro considera que conocer la naturaleza humana equivale a conocer lo que ha sido pensado y dicho acerca de la naturaleza humana. La historia de las ciencias humanas, entonces, no trata de descubrir las verdades sobre la naturaleza humana, sino las aventuras de las proposiciones sobre el hombre que han sido lo bastante poderosas como para adquirir el estatuto de verdades. Algunos lectores pueden sentirse frustrados en la medida en que quieran saber que es "realmente" la naturaleza humana. En este relato de la historia de la ciencia, lo que es "realmente" es la propia búsqueda. Del mismo modo, lectores que pertenezcan a las

⁴ K. Marx y F. Engels, *The German Ideology*, partes I y III, ed. Pascal, N.York, International Publishers, 1963, pp.14-15.

ciencias naturales pueden esperar con impaciencia que se llegue a describir la ciencia "real", es decir, que la narración histórica revele cuándo y cómo la ciencia natural objetiva pudo incorporar la esfera humana. Pero lo que es "realmente" la ciencia en esta narración es algo polémico y cambiante.

De modo que escribo, en un estilo apegado a este tiempo, acerca de una indagación. Este libro describe la búsqueda, según las modalidades del Occidente moderno, de un conocimiento sistemático, coherente, objetivo y empírico acerca de la naturaleza del ser humano. [...]

Esa búsqueda ha sido particularmente difícil en las ciencias humanas. La pretensión de objetividad ha generado problemas específicos; en el siglo XX, disciplinas como la psicología y la sociología han estado preocupadas, a veces obsesionadas, con la objetividad, una preocupación que comúnmente ha tomado la forma de una búsqueda de *métodos* objetivos de investigación. El núcleo del problema es bastante simple: ¿cómo podemos, objetivamente, observarnos a nosotros mismos? Al observarnos, ¿no nos convertimos en algo diferente? Es el problema de la capacidad humana de reflexión: reflexionar, y a través de la reflexión alterar la experiencia y la acción, es parte de la naturaleza del ser humano. El sujeto no se queda quieto. El resultado, sugerido por el mito de Tristán e Isolda, es una ambivalencia acerca de si los seres humanos son pasivos o activos, criaturas de naturaleza o criaturas de cultura, si son amantes por el destino o por la propia decisión.

Las fuentes históricas muestran que ninguno de los métodos adoptados por las ciencias humanas, ni ninguno de los conocimientos que ella produjo, fueron capaces de alcanzar una aceptación universal. Lo que se considera un conocimiento objetivo en las ciencias humanas es algo que está siempre sujeto a debate. Desde la perspectiva histórica que se adopta, la razón de ese debate es estimulante, y el debate mismo no es considerado como un fracaso para el objetivo de lograr algo mejor, sino como la señal de una indagación interminable.

Los filósofos tienen fama por jugar con las palabras. La historia de este "juego", sin embargo, es una de las vías más fructíferas para estudiar la historia de la cultura intelectual. La elección de una palabra puede ser muy significativa en las ciencias humanas, en la medida en que puede reforzar, legitimar o incluso dar existencia a una u otra visión de la vida. [...] El filósofo alemán G.W. Leibniz afirmaba: "Verdaderamente creo que los lenguajes son el mejor espejo del espíritu humano, y que un análisis preciso de la significación de las palabras nos diría más acerca de las operaciones del entendimiento que ningún otro medio".⁵ Y una palabra de importancia crucial para la historia de las ciencias humanas es la propia palabra "ciencia".

El término *scientia* era muy común en la cultura latina del medioevo tardío y el Renacimiento Europeo, en la cual poseía diversas connotaciones. El uso principal y el más preciso se refería a la descripción del conocimiento sistemático de las verdaderas causas de objetos particulares. Para ello, los estudiosos en las universidades se ocupaban de conocimientos deductivos acerca de temas como óptica, música, metafísica, teología, astronomía y aritmética, las ramas del saber o ciencias. [...]

Algunos estudiosos medievales establecían una distinción entre *certum* y *verum* en vez de hacerlo entre ciencia y no-ciencia. *Certum* es un término aplicado a lo que es conocido con certeza sobre los hechos de este mundo, tal como en física, y se aplica especialmente a la confirmación de la experiencia; *verum* se aplica a lo que debe ser verdadero porque es deducible de la realidad espiritual conocida, y por lo tanto era empleado en la teología. En el medioevo tardío y la temprana edad moderna, la palabra "ciencia", estrictamente, se aplicaba al estudio sistemático de verdades demostrables, esto es, verdades que incluían algo de la estructura necesaria de la realidad, tal como la forma esférica de la tierra; pero a veces se refería a lo cierto como opuesto al conocimiento verdadero. Para mayor complicación, la

⁵ G.W. Leibniz, *News Essays on Human Understanding*, ed. P. Remnant and J. Bennett, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, III.vii.6.

distinción entre las "artes" y las "ciencias" no se establecía nítidamente, aunque en la práctica la primera era primariamente empleada para referirse a un aprendizaje relevante para la vida cívica activa, mientras que la última se refería al aprendizaje como una disciplina teórica.

Para la historia de las ciencias humanas, es muy importante constatar que incluso en el siglo XX, esa significación temprana del término "ciencia" continúa presente en los usos de la Europa continental. En las culturas de lengua alemana —y escandinava— el estudio académico de la literatura, el lenguaje, la historia, la teología, la política, la historia del arte y la arqueología, continúan siendo definidas como *Wissenschaft*, término alemán que usualmente se traduce como "ciencia". En el mundo de habla inglesa, surgió a menudo la pregunta acerca de si la psicología y la sociología *son* ciencias, y la pregunta significa: ¿usan los métodos y desarrollan explicaciones según leyes, al modo de las ciencias naturales? Las mismas cuestiones acerca de los métodos y las formas de explicación en las ciencias humanas y en las ciencias naturales han sido centrales en culturas de lengua no inglesa, pero en ellas la pregunta estuvo enmarcada en la cuestión de la relación *entre* las ciencias. De modo que el objeto de la teoría de la ciencia, en el marco europeo, se refería tanto a las humanidades como a las ciencias sociales y las ciencias naturales.

[...]

Este libro no es una historia convencional de la psicología. Los capítulos que cubren el período del 1500 al 1850 abordan tópicos que podríamos pensar que son propios de la psicología, aunque la psicología no hubiera constituido su objeto en el sentido moderno; sin embargo, deben ser estudiados por el papel que han cumplido en la formación de la psicología moderna. Muchos otros temas deberían ser tomados en cuenta si se quiere hacer justicia a la riqueza del saber acerca del hombre. La psicología no era una materia separada hasta que en los hechos adquirió una identidad distintiva como disciplina y como ocupación experta, y esto sucedió, en general, en el siglo XX. Aun hoy no resulta fácil establecer dónde se sitúan los límites de la psicología.

El problema de los límites puede ser ejemplificado a través de las relaciones históricas de las ciencias humanas con la medicina. Es fácil imaginar a un historiador de la medicina que alegara que la medicina es la primera ciencia humana, un ámbito de compromiso teórico y práctico con la vida humana que hizo mucho para promover un conocimiento sistemático sobre los seres humanos. En diversas coyunturas históricas el contexto médico proporcionaba objetivos y contenidos al autoconocimiento de las ciencias humanas: la noción renacentista de la mujer se relacionaba con la manera en que era entendida la procreación; los puntos de vista escandalosos de J.O. de La Mettrie, en el siglo XVIII sobre lo que llamaba el hombre máquina, nacieron y se desarrollaron a partir de debates médicos; las proposiciones de Sigmund Freud acerca de la mente inconsciente tuvieron su origen en la experiencia clínica. A través de la realidad existencial de la salud y la enfermedad, el bienestar y el sufrimiento, el nacimiento y la muerte, la naturaleza humana necesariamente se enfrentó consigo misma —y con sus límites. Tal como Descartes lo señalaba a mediados del siglo XVII: "el espíritu depende de tal modo del temperamento y de las disposiciones de los órganos corporales, que si es posible encontrar los medios para hacer a los hombres más sabios y hábiles de lo que lo han sido hasta ahora, creo que es en la medicina donde debemos buscar".⁶ [...] Al mismo tiempo, el rótulo "medicina", al igual que el de "ciencias humanas", no define una ocupación ni un dominio de conocimiento unificados sino desde hace un siglo. No es posible, entonces, hablar de la influencia de la medicina en las ciencias humanas en la medida en que existían en un contexto común antes que como esferas separadas.

[...]

⁶ R.Descartes, "Discourse on the Method", en *The Philosophical Writings of Descartes*, trans. J. Cottingham, R. Stootholf y D. Murdoch, Cambridge, Cambridge University Press, 1985-91, vol. 1, p.143.

¿Qué es lo que muestra una historia de las ciencias humanas? Brevemente, la *diversidad*. Es verdad que los refranes y el lenguaje común tratan a la naturaleza humana como si fuera la misma en todo tiempo y lugar. [...] El acervo de las ciencias humanas incluye una desconcertante variedad de proposiciones acerca de la naturaleza humana —incluyendo las que niegan todo valor al concepto tanto como a la universalidad de lo que supuestamente describe. Muchos han buscado en las ciencias alguna forma de evaluar afirmaciones tan contrapuestas y han visto frustradas sus expectativas en el caso de las ciencias humanas; su historia es un registro de divisiones y debates entre posiciones que, a veces, son fundamentalmente opuestas. Una ojeada a algunas de las contraposiciones que están presentes en la psicología del siglo XX ilustra bien la cuestión: conductismo (Watson); la teoría de la actividad nerviosa superior (Pavlov); el operacionismo (Stevens); la epistemología genética (Piaget); el psicoanálisis (Freud); la psicología humanista (Maslow); la psicología diferencial (Spearman); la psicología fenomenológica (Buytendijk); la teoría histórico-cultural (Vygotsky); el personalismo (Stern); la psicología de la Gestalt (Wertheimer); la psicología hórmica (McDougall); la teoría del campo (Lewin); la sociobiología (Wilson); la psicología analítica (Jung); la tipología (Teplov); el conductismo social (Mead), etc. Cada uno de estos rótulos describe un abordaje de lo que, al menos para los investigadores mencionados, sería la psicología. Y en conjunto confluyen en el reconocimiento de que esas psicologías representan sólo una faceta de las ciencias humanas modernas.

Existen dos formas principales de pensar esta diversidad. La primera considera que es un signo de la inmadurez de un dominio científico, la consecuencia inevitable del intento de introducir métodos y conceptos científicos en un campo nuevo, amplio y complejo. Los que adhieren a este punto de vista anticipan una etapa futura, aunque esté muy distante, en la que será posible la unificación en torno de un núcleo teórico y una práctica de investigación comunes. Hay quienes se apropian del lenguaje del historiador de la ciencia Thomas S. Kuhn y consideran que la psicología, y las otras ciencias humanas, se hallan en un estadio preparadigmático. De este modo, aceptan que *hasta ahora* no existen, unificados, ni una teoría, ni un modelo de práctica de investigación, ni una identidad social en el campo. En la década de 1970 algunos psicólogos pensaron que el conjunto de actividades reunidos en lo que se llama psicología cognitiva establecía un paradigma unificador, pero no fueron capaces de convencer a todos sus colegas de que esto fuera así. Nadie puede válidamente afirmar que existe una actividad unificada, por ejemplo, en sociología o economía. Aunque, por supuesto, esa falta de unidad en el presente no es una prueba de que cierta unidad no pueda alcanzarse. Pero, el estado actual de falta de unidad trae como consecuencia que al escribir historia no se puede ser neutral en relación con las posiciones divergentes que están presentes en el campo. Esta situación ha sido señalada por el historiador John Burrow: "Escribir la historia de una disciplina significa dejar sentado lo que la disciplina es, y esto, en las ciencias sociales, es a menudo altamente debatible".⁷

Los escépticos podrán decir que esa unidad está por llegar desde hace mucho tiempo. De modo que es posible pasar a una segunda forma de encarar la diversidad —como una característica positiva, y no negativa, de las ciencias humanas. Este segundo punto de vista alega que la diversidad es intrínseca al objeto de estudio propio de su campo, ya que corresponde al carácter reflexivo del ser humano; por lo tanto, la diversidad no es el resultado contingente de la falta de progreso en el campo. El argumento central se refiere que los seres humanos, en la medida en que son agentes reflexivos y activos, se crean a sí mismos cuando crean un conocimiento sobre sí mismos. Si se acepta esto, debe admitirse que la variedad de abordajes del conocimiento en las ciencias humanas corresponde a la variedad de los modos de vida en la historia. Podemos suponer que la unidad en las ciencias humanas sólo sería posible si los seres humanos llevaran una vida uniforme. Esa uniformidad existe, de algún modo, entre los especialistas y sabemos que los expertos pueden coincidir, y de hecho lo

⁷ Citado en L. Goldman, "The Origins of British 'Social Science': Political Economy, Natural Science and Statistics, 1830-1835", *Historical Journal*, 26 (1983), 587-616, p.588.

hacen. Los terapeutas basados en la palabra, por ejemplo, pueden estar en gran medida de acuerdo respecto de lo que debe hacerse frente a un niño en dificultades. Sin embargo, en el mundo más amplio, incluso de una misma cultura, para no hablar de culturas diferentes, no existe uniformidad en los modos en que viven las personas y, de acuerdo con el argumento que se expone, existe además diversidad en los modos de conocimiento acerca del sujeto humano.

Los capítulos que siguen encaran la diversidad según el segundo punto de vista, y acentúan la extensión y el alcance del pensamiento acerca de la naturaleza humana antes que el contenido de una teoría en particular. Al mismo tiempo, entre los objetivos de la ciencia, incluidas las ciencias humanas, está el logro de consenso dentro de una comunidad particular acerca de la verdad o del acierto de sus proposiciones sobre el mundo. Ese objetivo debe ser explicado y debe ser central en cualquier historia de la ciencia; de modo que este libro ciertamente se ocupará de los acuerdos tanto como de las diferencias.

[...]

Los historiadores y filósofos de fines del siglo XX prestan una atención particular al "yo" [*self*], quizá porque viven en una cultura donde la identidad del yo es, a la vez, tan valorada y tan cuestionada. Escribir una historia del yo implica plantear la cuestión de la continuidad y la discontinuidad en los términos más difíciles. Los autores sitúan diversamente los orígenes o la invención del yo [*self*] en la reflexión cristiana ejemplificada por San Agustín en el siglo V, en los desarrollos de la confesión católica en el medioevo tardío, en las proposiciones de Descartes acerca del conocimiento basado en el *moi* reflexivo o "Yo" [*I*] en la década de 1630, y en el ideal romántico de la verdad interior, alrededor de 1800. Indudablemente, cómo se entiende la historia del yo [*self*] es de gran importancia para el modo de escribir la historia de las ciencias humanas; pero mucho de esto debe dejarse para que sea resuelto por los historiadores futuros. Por una parte, por ejemplo, es evidente que el yo subjetivo moderno y las concepciones modernas sobre el individuo social se convierten en objetos de estudio para el saber del siglo XVII. Cuando miramos los autorretratos de Rembrandt, también miramos, en nuestra interioridad, lo que sentimos que somos. Por otra parte, debemos tener en cuenta que el concepto de la persona individual es antiguo y que está impregnado del concepto legal que corresponde a la persona capaz de actuar libremente.

III *Escribir la historia.*

Los nuevos escritos históricos sobre las ciencias humanas reaccionan contra las convenciones previas de la historia de la ciencia y de las ideas, convenciones que aparecen como intelectualmente tendenciosas en favor de una gama restringida de normas académicas. Existe, en particular, una reacción contra los libros de texto de historia de la psicología (o de otras disciplinas), primariamente escritos para satisfacer el enorme mercado norteamericano en esa materia. Algunas veces, en los Estados Unidos, la psicología ha tenido la matrícula más alta de estudiantes universitarios con respecto a cualquier otra disciplina académica, y muchos estudiantes han tenido que tomar un curso sobre historia de la disciplina. Los autores de los manuales de historia de las ciencias humanas recurrieron a un número relativamente pequeño de historias académicas ya conocidas, que cubrían campos disciplinares individuales: por ejemplo, *A History of Experimental Psychology* de E. G. Boring (1929; segunda edición 1950), *Les étapes de la pensée sociologique*, de Raymond Aron, publicadas en inglés como *Main Currents of Sociological Thought* (1967) y *History of Economic Analysis* de Joseph A. Schumpeter (1954). Estos estudios examinaban y confirmaban una canon existente de textos científicos a través de los grandes hombres en sus respectivos campos. El resultado final fue que cada disciplina moderna de las ciencias humanas tuvo una noción relativamente bien definida sobre su identidad histórica, una identidad construida por los estudios clásicos, los

experimentos o los textos clásicos que, se alegaba, establecieron los conceptos organizadores y los métodos objetivos de la disciplina como ciencia. De este modo, cada campo poseía sus clásicos fundadores: en psicología era *An Essay Concerning Human Understanding* (1690) de Locke; en sociología, *L'esprit des lois* (1748) de Montesquieu; y en economía, *The Wealth of Nations* (1776) de Smith.

Para muchos psicólogos y científicos sociales concebir y escribir la historia de esta forma continúa pareciendo natural. Esta convención proviene de la creencia de que sólo puede haber una historia valiosa en la historia de la ciencia, que es la que relata el logro de un conjunto de métodos científicos y la acumulación progresiva de verdad. Según la amplitud y la formación del que relata la historia, ésta puede ser, o bien crudamente triunfalista, cuando se representa la razón venciendo la ignorancia y la superstición, o bien una exploración sensible y compleja de los caminos, vericuetos y finales truncados del esfuerzo intelectual. Cuando esos relatos reaparecen en los libros de texto de los estudiantes, que tienen sus propios programas pedagógicos, tienden a convertirse en descripciones de un progreso paso a paso de los temas centrales de la disciplina moderna correspondiente. El producto final es lo que el historiador inglés Herbert Butterfield llamó la historia Whig: la historia escrita como si el presente fuera la consecuencia inevitable y deseable del pasado.

En la historia de la ciencia, la erudición histórica académica ha cambiado todo esto, en gran medida a través de numerosos estudios detallados y de objetivos restringidos. Estos estudios han sido cada vez más históricos en el sentido académico, lo cual significa que se han concentrado en el pasado en su propio contexto y en sus propios términos, y no han dado prioridad a lo que los psicólogos y sociólogos modernos consideran importante. La nueva erudición académica no es fácilmente accesible a los no especialistas. Tampoco es algo obvio o bien difundido que la erudición histórica académica adhiera a una nueva forma de pensar sobre las ciencias humanas. Este libro argumenta que así es.

Una cosa son las cuestiones sobre la objetividad en los escritos de la historia de la ciencia, y otra las cuestiones sobre la objetividad en la práctica científica. Ambos campos tienen legítimamente diferentes intereses. Sin embargo, muchos científicos modernos han dado por supuesto que son sus intereses los que deberían dirigir la escritura de la historia de sus campos. Detrás de este supuesto está la creencia de que el siglo XX es una era secular y que la historia de la ciencia es, por consiguiente, una historia de las mejores verdades que tenemos —una historia de “la edad de la objetividad”, en una frase memorable de un historiador.⁸ Desde esta postura, la historia de la ciencia debe tener a las condiciones que han hecho posible el conocimiento objetivo como su objeto central, sin duda con un complemento acerca de por qué con frecuencia la empresa científica falló en alguna medida. No obstante, este punto de vista ha sido largamente debatido, y —podemos dejar a un lado las cuestiones filosóficas— muchos historiadores ahora lo rechazan como base de su trabajo. En su lugar, buscan entender de un modo que sea apropiado al tiempo y al lugar de los actores históricos y no al de los científicos modernos. Este abordaje puede ilustrarse observando la historia de las disciplinas académicas modernas.

Las disciplinas que han sido agrupadas juntas como ciencias humanas -psicología, sociología, lingüística, etc.- son entidades sociales modernas; ninguna de ellas existía antes de 1800 y la mayoría fueron creadas a fines del siglo XIX o a comienzos del siglo XX. Es inaceptable proyectar la existencia de tales disciplinas académicas modernas, como la psicología o la sociología, hacia el pasado, como se hizo en las historias de las disciplinas individuales que dominaron las ciencias humanas. El estudio de cuándo, cómo y por qué estas disciplinas, con sus estructuras institucionales —departamentos académicos, entrenamientos técnicos en sus materias, organizaciones ocupacionales, conferencias, revistas— llegaron a existir es un área importante de la investigación histórica; y también es importante estudiar el efecto que la formación disciplinar tuvo en la producción, la autoridad y el contenido del

⁸ C.C. Gillispie, *The Edge of Objectivity: An Essay in the History of Scientific Ideas*, Princeton, Princeton University Press, 1960.

conocimiento sobre la acción humana. No es posible comenzar la historia de la psicología con Aristóteles en el siglo IV a.C. y continuar hasta el presente como si existiera un objeto continuo de la psicología. Los historiadores ahora no aceptan esto, tal como lo escribió el psicólogo Robert S. Woodworth, de la Universidad de Columbia, al comienzo de un popular libro de texto: “Se puede afirmar con seguridad que la psicología es tan antigua como la indagación, la mente autoconsciente del hombre”.⁹ Historias como esta colonizaron áreas del pensamiento humano a fin de reclamar las mejores partes de la alta cultura para las disciplinas científicas modernas. Deseamos ahora descolonizar el territorio del pasado y entender el pasado en sus propios términos. La historia de las ciencias humanas en este libro no es, por consiguiente, una historia “de la psicología”; sino que, más bien, busca escapar de las anteojerías disciplinares y describir el conocimiento y su organización en el contexto de la historia humana.

Una consecuencia más del estudio histórico de la formación es que dirige la atención hacia la naturaleza contingente de la división del trabajo intelectual dentro de la academia moderna. Mucho esfuerzo y muchas palabras han participado en la construcción y mantenimiento de los límites entre las diferentes materias —por ejemplo, entre sociología e historia, aun cuando ambas tengan un interés sistemático en la sociedad. Sin embargo, la forma en que se dividen el conocimiento y el aprendizaje cambia a lo largo del tiempo. Las divisiones características del siglo XX son construcciones sociales que corresponden ampliamente al siglo XX. Las complejidades de la esfera humana hacen posibles muchas ciencias diferentes, pero los límites entre ellas no son ni esenciales ni inmutables.

Existe una sutil dificultad en relación con las referencias al pensamiento psicológico anterior al siglo XIX. Se sigue de lo que ya se ha expuesto que esas referencias son inaceptables si implican que los escritores anteriores poseían ideas y lenguaje estrictamente comparables con las ideas y el lenguaje del objeto disciplinar moderno. Pero sería un asunto muy laborioso y pedante suprimir todas esas referencias donde encontramos a los autores de otros siglos discutiendo lo que para nosotros son actividades psicológicas como la memoria, la visión y la pasión. Este problema da lugar a una cuestión práctica y a una cuestión filosófica. Todos los historiadores se enfrentan a la cuestión práctica: deben encontrar un equilibrio entre hacer accesible lo que dicen, usando el lenguaje moderno común, y usar de manera equívoca ese lenguaje para imponer al pasado algo que no estaba allí. Para dar un ejemplo: Robert Hooke, el famoso experimentador de la temprana Sociedad Real de Londres, estaba interesado en procesos de memoria, aunque ni él ni nadie del siglo XVII los describía como de interés psicológico. Dado que Hooke hablaba de la memoria como un tema determinado, relevante para la filosofía natural (y en esto seguía a Aristóteles), es al menos inteligible y puede ser pertinente decir que esto fue una contribución al pensamiento psicológico. Pero Hooke no fue un “psicólogo” y, de hecho, su trabajo no tuvo ninguna influencia. En forma similar, se puede sugerir que los escritores ingleses de panfletos en el siglo XVII son de interés porque comenzaron a describir la actividad económica en forma separada de otros aspectos de la vida colectiva. Esto puede ser señalado con precisión, para propósitos modernos, como los comienzos de una forma de pensamiento económico, pero no era “economía”. El principio que guía al historiador es representar con precisión la forma en que la gente en el pasado dividía y categorizaba su propia experiencia y conocimiento. Esto deja, entonces, el problema práctico de cómo pintar su mundo con nuestros medios modernos de expresión.

La cuestión filosófica se refiere a la continuidad y la discontinuidad en la historia. El modo de escribir sobre la historia de las ciencias que era dominante enfatizaba la continuidad. Cuando construía rupturas, así como cuando describía la revolución científica, los hechos se describían no tanto como rupturas sino más bien como saltos —saltos hacia adelante dentro de la ciencia o saltos filosóficos que creaban las condiciones intelectuales para la ciencia. Hay

⁹ R.S. Woodworth, *Contemporary Schools of Psychology*, en colaboración con M.R. Sheehan, 9ª edic., Londres, Methuen, 1965, p.3.

tres conjuntos de trabajos que, por el contrario, han argumentado sobre la discontinuidad en la historia, y han influido fuertemente los estudios de la historia de la psicología y de las ciencias sociales. El primero es el libro del historiador de la ciencia norteamericano Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (1962); el segundo proviene del trabajo de mediados del siglo XIX de Marx, quien tenía una deuda filosófica muy grande con G. W. F. Hegel; y el tercero se relaciona con los escritos franceses de las décadas del '60 y del '70 de Michel Foucault.

Kuhn describió la historia de la ciencia (todos sus ejemplos de hecho tienen que ver con las ciencias físicas) en términos de períodos de ciencia normal interrumpidos por períodos más cortos y anormales de ciencia revolucionaria. Estos últimos, sostenía, conducen a nuevos problemas y marcos. El punto importante es que presentó a las revoluciones como rupturas con formas de pensamiento pasadas, y sugirió que las formas viejas y nuevas de pensamiento no son conmensurables, lo cual significa que no pueden ser totalmente comparadas entre sí. Esta idea desafió a los teóricos del conocimiento, porque parecía sugerir que los estándares de objetividad y verdad cambian en las revoluciones científicas y que los estándares particulares, por consiguiente, se sostienen sólo mientras se mantiene el período de ciencia normal. Esta fue, al menos, la dirección en la que un grupo de sociólogos del conocimiento tomaron el argumento en la década de 1970, interesados en mostrar cómo las realidades sociales explican lo que consideramos conocimiento y cómo cambia el conocimiento. Los intérpretes de Kuhn colocaron en el mapa intelectual la posibilidad de que los cuerpos de conocimiento en las ciencias humanas estén separados unos de otros por cambios en el significado y las condiciones de verdad más que por el paso del tiempo y el progreso.

Marx y Engels argumentaron que las condiciones materiales, expresadas como relaciones sociales de propiedad, capital y trabajo, promueven una forma de pensar más que otras. "La suma de las fuerzas productivas, las formas del capital y los modos sociales de intercambio, que cada individuo y cada generación encuentran en la existencia como algo dado, es la base real de lo que los filósofos han concebido como "substancia" y "esencia del hombre"...¹⁰ Se seguía de ello, pensaban, que así como las condiciones materiales cambian, por lo tanto, llegan a ser posibles nuevas formas de pensamiento: una revolución en las condiciones materiales da lugar a una revolución en las ideas. Algunos historiadores han adaptado este argumento, y han tratado, por ejemplo, de correlacionar las nociones modernas del yo, la idea del hombre económico individual y el desarrollo de las relaciones comerciales en la Inglaterra del siglo XVII y los Países Bajos. Llevando esta idea más lejos, podría argumentarse que no había pensamiento psicológico en el sentido moderno antes de este momento porque las condiciones materiales no habían creado el objeto, el yo, del cual se ocupa el pensamiento psicológico.

Foucault afirmó que las condiciones del pensamiento impidieron la existencia de las ciencias humanas antes del siglo XVIII: "el mismo concepto de naturaleza humana (en el siglo XVIII) y la forma en que funcionaba, excluía toda posibilidad de la ciencia del hombre clásica".¹¹ Consideraba que alrededor de 1800 aparecieron formas radicalmente nuevas de conocer los seres humanos, por lo tanto sólo a partir de ahí fue posible afirmar verdades científicas sobre el hombre en la forma en que lo han hecho las ciencias humanas del siglo XX. También correlacionaba lo novedoso de la concepción del hombre con los cambios institucionales y administrativos de la educación, el sistema penal y la medicina —con el gobierno de la vida microsocial más que con los cambios macrosociales que Marx pensaba que subyacen en la historia. Fueron las nuevas pautas de poder en los tratos sociales cotidianos, afirmaba Foucault, los que crearon el "hombre" como objeto de las modernas disciplinas científicas humanas. A pocos historiadores les atrae la idea de una ruptura tan

¹⁰ C.Marx y F.Engels, op. cit., 1963, p.29.

¹¹ M.Foucault, *The Order of Things: An Archeology of the Human Sciences*, Londres, Tavistock Publications, 1970, p.309.

radical; pero Foucault, sin embargo, dio lugar a una gran reevaluación de como conceptualizar el objeto de estudio de las ciencias humanas.

En su primer gran libro (1961), una historia de la locura, Foucault mostró un profundo cambio en las ciencias humanas, un cambio que pocos científicos sintieron que pertenecía a su propia área para tomarlo en cuenta, pero que produjo fascinación en una audiencia más amplia. La proposición de Foucault era que el rótulo de “loco” sustraía de lo que se consideraba razón los límites de la racionalidad de la razón; según su opinión, de ello se seguía que la locura es un estado que puede enseñar a la razón algo sobre sí misma, algo aterrador, un conocimiento de “lo otro”, una condición para la cual la razón no tiene respuesta. Esta era la posición del loco de la corte que decía una verdad que nadie más se atrevía a pronunciar. Tales exploraciones de los límites de lo que es pensable sobre nosotros mismos fomentó el escepticismo hacia la verdad proclamada por las ciencias humanas ortodoxas y, al final del siglo XX, generó una inclinación hacia la literatura, las artes y el lenguaje como vías hacia verdades no consideradas por las ciencias humanas existentes.

Las diferentes opiniones sobre la continuidad o la discontinuidad histórica, o sobre los límites de la razón científica, no podrán reconciliarse con independencia de ciertos acuerdos sobre la naturaleza del conocimiento en las ciencias humanas, incluyendo el mismo conocimiento histórico, los cuales no existen. Además, los historiadores hoy, en general, concuerdan en que la historia de la ciencia no debería estar supeditada al punto de vista de las disciplinas científicas modernas; llaman tal subordinación “presentismo” y creen que ofende los principios básicos de la erudición histórica objetiva. Sin embargo, también consideran que, como los historiadores escriben en el presente, usar el lenguaje de nuestra época es una condición de inteligibilidad. Es importante traducir el pensamiento pasado en ideas modernas, con las calificaciones que sean necesarias. El debate sobre palabras como “ciencia”, “alma” y “pasión” hará que esto resulte más comprensible. Además, las formas en que los historiadores seleccionan y estructuran las cuestiones históricas reflejan necesariamente su propia situación intelectual y material, lo que en un sentido más directo quiere decir que refleja su formación y experiencia académica. ¿Cómo podría ser de otra manera? Cualquiera que estudia el pasado lo hace con un propósito. El científico social que concede una valoración favorable a los escritores del siglo XVIII que creían, como economistas posteriores, que hay una relación entre la utilidad de un producto y su valor, expresa su propósito en el estudio de la historia. Al mismo tiempo, mucha gente que trabaja en las ciencias humanas, y no sólo historiadores, se ha vuelto escéptica con respecto a tales propósitos asentados crudamente en el presente: en el mejor de los casos hacen historia como una decoración para otras disciplinas, y en el peor, se subordinan a ellas. Existe, por el contrario, un propósito de incitación, iluminación y liberación en la búsqueda de conocer cómo otras personas se entendieron a sí mismas y sus circunstancias, cómo otras personas dieron una voz a su comprensión, en las formas más profundas y expresivas que tenían a su alcance. Más profundamente aún, si se acepta que los seres humanos en algún sentido se crean a sí mismos, entonces escribir historia —la historia de la propia creación— es esencial para nuestro conocimiento de qué somos.

El desarrollo de estas ideas en el último capítulo me condujo a escribir en tiempo pasado sobre lo que es presente. El propósito de este estilo, en algún aspecto no convencional, es sugerir que lo que llamamos el presente sólo es un momento en una historia o búsqueda continua, que el presente no tiene mayor permanencia o completud que el pasado, y que cuando escribimos sobre nosotros mismos en el presente también escribimos historia, así como al escribir historia, escribimos sobre nuestro presente.

Aún debe discutirse otra cuestión general sobre la escritura de la historia. Desde el último período medieval hasta el presente, los escritores se referían a “hombre” [*man*] (frecuentemente con mayúscula “Hombre”), a “l’homme” y a “der Mensch”. Una frase muy trillada del siglo XVIII se refería a “la ciencia del hombre”. Todos estos usos suenan contenciosos al final del siglo XX porque eliden la cuestión del género. ¿Las referencias al “hombre” incluían a la mujer? ¿y si era así, de qué modo lo hacían? El uso es probablemente

un problema de los lectores ingleses modernos, ya que “man” se convirtió en un término específico de género, mientras que el término alemán “Mensch” no lo hizo. De hecho, es un tema histórico fascinante por derecho propio a fin de indicar la posición en la cual la “mujer” es y no es diferenciada del “hombre” y los sentidos en los cuales “hombre” ha producido connotaciones de género. El “género” mismo, sin embargo, es una categoría introducida en la segunda mitad del siglo XX para distinguir diferencias entre hombres y mujeres tal como existen —o son percibidas— sin un juicio previo sobre si esas diferencias son sexuales o biológicas. En muchos casos, no hay ninguna duda, la referencia a “hombre” en el pasado presuponía normas de razonamiento y capacidad mental que eran, como hecho histórico, identificadas con los hombres. Cuando el tema se refería a lo que era universal en la naturaleza humana, el tema de la mujer simplemente no aparecía. Ahora deseamos que aparezca. La respuesta a la silenciosa tachadura de las mujeres en la historia, a través del establecimiento de los hombres como norma, sin embargo, no consiste para los historiadores en cambiar el lenguaje en el cual los actores históricos caracterizaron al ser humano. La respuesta es escribir históricamente sobre género y sexo: ubicar en la agenda la historia intelectual y cultural de la creencia sobre las diferencias humanas. Me referiré, como lo he hecho en este capítulo, al “hombre” cuando esto sea apropiado al lenguaje histórico; sería forzado y anacrónico hacerlo de otra manera. Podría decirse que el objetivo global de la historia de las ciencias humanas es escribir la historia de lo que ha significado la palabra “hombre”, y esta historia incluirá la creencia sobre las diferencias humanas —tanto de clase e identidad étnica como de género.

Para concluir esta introducción, será útil realizar una comparación entre los escritos históricos sobre ciencia y religión y sobre las ciencias humanas. Es fácil notar que las conclusiones sobre las relaciones históricas entre la ciencia y la religión difieren en la medida que difieren las creencias sobre el contenido verdadero de la ciencia y la religión entre quienes escriben. El que cree que únicamente la ciencia establece la verdad objetiva escribirá historia de una manera diferente al que cree que la ciencia y la religión expresan igualmente la verdad. La investigación histórica, de hecho, señala la extraordinaria variedad y complejidad de las relaciones históricas, y la carencia de límites entre ciencia y religión. Y los registros históricos ni confirman ni niegan las creencias religiosas o científicas modernas. Los resultados de la historia no resuelven las cuestiones que cada persona y cada época debe enfrentar nuevamente, en nuevos términos y a la luz de nuevos propósitos. Sin comprender los logros históricos, sin embargo, nuestro lenguaje y nuestra imaginación serían mucho más pobres.

La comparación con la historia de las ciencias humanas debería ser fácilmente visible. Existen marcadas divergencias de opinión sobre la naturaleza de las ciencias humanas —especialmente sobre si el estudio de los seres humanos debiese seguir el modelo de las ciencias naturales o crear disciplinas separadas. Hay profundas divisiones entre quienes consideran que la naturaleza humana está dada por la biología y quienes consideran que es producto de la cultura, continuamente recreada a través del lenguaje reflexivo. Cada posición conduce a un abordaje diferente de la historia de las ciencias humanas, y la escritura de la historia es, por consiguiente, en último análisis, inseparable de los debates sobre las mismas ciencias humanas. Los siguientes capítulos dan prioridad a la variedad de posiciones intelectuales, a la diversidad de las ciencias humanas. Necesitamos la historia de esta diversidad de creencias sobre la naturaleza humana para darnos una vida expresiva e imaginativa, a fin de crear nuestras propias creencias. De hecho, no hay elección: si no lo hacemos conscientemente, con seguridad lo haremos juntos inconscientemente.